

## **LA JUSTICIA Y LA SOLIDARIDAD: INAPLAZABLES FRUTOS DE LA MISERICORDIA**

**P. Cyrillus Swinne<sup>1</sup>**

En estos días visité la comunidad de un sector del barrio Nueva Colombia, con ocasión de los sancochos comunitarios que estamos organizando en los sectores más pobres y abandonados. Quedé tristemente impresionado por la miseria y la extrema e inhumana pobreza en la que viven todavía muchos habitantes de este sector, también hijos de Dios, también colombianos, también barranquilleros, con el mismo derecho que tenemos todos nosotros a una vida digna y humana.

Experimento sentimientos de tristeza, de rabia, de incredulidad, al ver que en nuestro país, consagrado al Sagrado Corazón de Jesús y con la gran mayoría de sus habitantes católicos y cristianos, existe todavía tanta desigualdad, tanta inequidad, tanta injusticia. Creo que iré entendiéndolo poco a poco, mas no aceptándolo.

¿Qué más se puede esperar de un país católico donde, con cifras oficiales, representantes (también católicos) del Gobierno afirman que una persona que gana 246.000,00 pesos colombianos, mensuales, ya no es pobre?

¿Qué más se puede esperar de un país donde los ricos son siempre más ricos y en consecuencia, los pobres cada vez más pobres? Un informe revelado por la ONG Oxfam, llamado “Gobernar para las élites: secuestro democrático y desigualdad económica”, revela que en el mundo la mitad de la riqueza mundial está en manos del 1 % de la población lo que, traducido en términos más simples, 85 individuos suman tanto dinero como 3.570 millones de pobres del mundo. En Colombia, el 20 % del ingreso nacional va al 1% más rico del país...

¿Qué más se puede esperar de un país que cierra sus ojos ante tanta desigualdad y que posee magos de cifras, que muestran la supuesta disminución de la pobreza y miseria, mientras diariamente más pobres tocan a nuestras puertas? ¿Qué más se puede esperar de un país donde la mentira tapa la realidad?

Entiendo pero no acepto.

Poco se puede esperar de un país así, y hoy con mayor razón hay mucho que hacer para construir una sociedad más justa, más equitativa y, sobre todo, una sociedad con un respeto profundo por la vida, la salud y la dignidad de cada persona.

---

<sup>1</sup> Sacerdote holandés de la Orden de San Camilo. 37 años de trabajo en el barrio La Paz, una de las comunidades más desfavorecidas de la ciudad de Barranquilla, Colombia.

Y es aquí, donde opino que la Iglesia tiene una tarea inaplazable, porque la justicia y la equidad hay que instalarlas ya: frente al dolor, el sufrimiento humano, el grito y el llanto del pobre, nuestro compromiso de hijos de Dios es inaplazable.

Ya es tiempo de que, como Iglesia, demos testimonio de Jesús, la misericordia de Dios hecha carne, y demos frutos de justicia y solidaridad.

Es tiempo de que, como Iglesia, no hablemos tanto de “Dios todopoderoso”, sino de “Dios misericordioso”, de cuyo amor preferencial por los pobres Jesús habla continuamente: “...benditos de mi padre, porque tuve hambre y me dieron de comer...”

Es tiempo de que nos dejemos inspirar por el apóstol Santiago cuando nos dice que la fe que no produce obras *de misericordia, de justicia y de solidaridad*, está muerta...

Frente a la situación y el dolor de muchos de nuestros hermanos, la misericordia, la compasión, la justicia y la solidaridad son tareas inaplazables para todos, pero sobre todo para los que nos dejamos inspirar por Jesús.

Por eso opino que ser pobre no es un escándalo ni un pecado. Vivir opulentamente y no interesarse por los pobres, sí es pecado. Así nos lo recuerda continuamente el Papa Francisco, quien insiste en que debemos ser Iglesia pobre para los pobres, y afirma que la pobreza del mundo es un escándalo, sufrido por los pobres, y causado por los ricos:

*“En un mundo donde hay tantas riquezas, tantos recursos para dar de comer a todos, es imposible entender que haya tantos niños que pasan hambre, tantos niños sin educación, tantos pobres. La pobreza hoy es un grito”.*

*“La vida humana, la persona, no se ve como un valor primario que respetar y cuidar. Esta cultura del descarte nos ha convertido en insensibles también ante el derroche y el despilfarro alimentario. El consumismo nos induce a acostumbrarnos a lo superficial, al derroche cotidiano de la comida a la que, a veces, no somos capaces de dar el justo valor que va más allá de los meros parámetros económicos.*

*¡Recordemos bien que los alimentos que tiramos a la basura son como si se los robáramos al pobre de la mesa, al que pasa hambre!”*

*“No se puede hablar de pobreza sin tener experiencia directa con los pobres”. “No se puede hablar de pobreza abstracta: no existe. La pobreza es la carne de Jesús pobre: en el niño que tiene hambre, en el enfermo, en esas estructuras sociales injustas... Id y ver allí la carne de Jesús”.*

Abogo porque la Iglesia, por fin, reconozca que servir a los pobres no es un hobby de unos un poco locos, sino una obligación de todos los bautizados. La MISERICORDIA DIVINA, con sus

frutos humanos de compasión, justicia y solidaridad, es un principio central, constituyente de la evangelización, del anuncio de la Buena Nueva. Dicho de otra manera: sin misericordia y sus frutos no hay evangelización.

Todos somos llamados a ser profetas: tenemos que anunciar la buena nueva, anticiparla y denunciar todo que va en contra de esta buena nueva para todos: la Buena Nueva de Jesús. Así como dice el canto: “tengo que gritar, tengo que arriesgar, ay de mí si no lo hago...”. Porque defender al pobre no tiene espera, es para ya.

Barranquilla, noviembre 11 / 2014

